

EL ACUERDO LUTERANO-CATÓLICO SOBRE LA JUSTIFICACIÓN

*El 31 de octubre de 1999 permanecerá como una fecha importante en la historia del movimiento ecuménico: en este día, en la ciudad de Ausburgo, la Federación Luterana mundial y la Iglesia Católica romana firmaron la Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación, consensuada por teólogos luteranos y católicos y publicada ya en febrero de 1997. Tras dos largos años, en los que unos y otros se debatieron entre la incertidumbre y la esperanza, finalmente se concluía un largo camino de diálogo, debate y toma de conciencia por parte de ambas Iglesias que comenzara poco después de concluido el Vaticano II (1967). No es necesario insistir en la importancia de este acontecimiento, dado el papel que la doctrina de la justificación jugó en las divisiones confesionales del siglo XVI y en las controversias de los siglos siguientes. Baste recordar que Lutero reconocía en esta doctrina el «artículo de fe de una Iglesia que o se mantiene en pie o se derrumba» -*articulus stantis vel cadentis Ecclesiae*- y que, a propósito de su interpretación, protestantes y católicos, se entregaron a condenas mutuas. No obstante, todavía es pronto para poder valorar en toda su amplitud el alcance de este acuerdo. El autor del presente artículo es consciente de ello. Lo cual no obsta para que, tras rehacer todo el camino recorrido hasta la firma definitiva de la Declaración conjunta y de su Anexo, subraye el consenso alcanzado en las cuestiones de fondo y haga hincapié en su repercusión en la teología, en el movimiento ecuménico y en la relación entre las dos Iglesias.*

L'accord luthéro-catholique sur la justification, Nouvelle Revue Théologique 122 (2000) 37-50.

La doctrina de la justificación tiene su fundamento en la Escritura: desarrollada por San Pablo en la carta a los Romanos, significa esencialmente que el hombre pecador no puede ser salvado por sus obras, sino únicamente por la gracia de Dios. Este tema paulino, repensado por San Agustín, se convirtió en el tema central de la teología luterana y el Concilio de Trento percibió su importancia dedicándole su fa-

moso «decreto sobre la justificación». Pero justamente este tema ha dado lugar a interpretaciones diferentes que se han ido endureciendo hasta parecer, en algunos de sus puntos, totalmente opuestas.

Por un lado, la tradición luterana ha subrayado la radical corrupción de la naturaleza humana después del pecado, insistiendo sobre la total pasividad del hombre en relación a la gracia y recal-